

Domeyko llegó a Chile en 1838 contratado por el gobierno como profesor de química y mineralogía en el Colegio de Coquimbo, zona esencialmente minera<sup>14</sup>. Su primer viaje a Santiago en 1842 coincidió con la discusión parlamentaria del proyecto de ley de la Universidad de Chile. Su experiencia docente en La Serena ya le había suscitado reflexiones sobre la organización de la instrucción en Chile y se las comunicó al entonces ministro de Educación y su gran protector Manuel Montt, quien se interesó particular-

<sup>11</sup>BELLO, "Establecimiento de la ...", p. 278.

<sup>12</sup>"Universidad de Chile", *El Semanario de Santiago*, 3, 28 de julio de 1841. En su edición N<sup>o</sup> 15 del 13 de octubre de 1842, en un artículo con el mismo título, también señalaba que la Universidad "va a ser un campo abierto a la emulación en donde los hombres de genio irán a recoger honrosos laureles".

<sup>13</sup>Arts. 27 y 28 de la Ley Orgánica de 1842.

<sup>14</sup>La vida de Domeyko ha sido detalladamente narrada por él mismo en sus memorias autobiográficas tituladas *Mis viajes*, tomos 1 y 2.

mente en sus ideas para reorganizar la instrucción secundaria y lo estimuló para que las publicara. Ese fue el origen de su *Memoria sobre el modo más conveniente de reformar la Instrucción Pública en Chile*<sup>15</sup> donde se exployó sobre el papel de la educación en el orden social y la organización que debía dársele a nivel secundario y superior. Sobre esta última, Domeyko sostuvo que las universidades podían tener las más diversas organizaciones dependiendo de la realidad de cada país, pero todas ellas tenían facultades compuestas por catedráticos que enseñaban sus disciplinas en un nivel especializado para alumnos que optaban a grados. Incluso la universidad francesa, destacaba Domeyko, que comprendía a todos los establecimientos de instrucción pública, tenía facultades docentes como era el caso de la Sorbonne. Su modelo era la universidad alemana porque su organización estaba basada en la figura del profesor que formaba a sus alumnos en base a sus propias investigaciones. A la luz de ello, la universidad chilena, organizada como academia alejada de la docencia, le merecía serios reparos. En un país donde se quería fomentar la instrucción con muy pocas personas dedicadas exclusivamente a la carrera literaria, era de temer que el cargo de académico fuera un título honorífico que incitara “un cierto orgullo y envidia entre los letrados, sin obligarlos a la perseverancia y al trabajo continuo. Los socios de la Universidad deben ser profesores... El destino de profesor no sólo es útil a la juventud que estudia, sino también al profesor mismo: la enseñanza es la verdadera vida del hombre de letras”<sup>16</sup>. Tras esta identificación, establecía la diferencia entre el profesional del saber y el hombre culto. “Un hombre ilustrado, señalaba, dotado de mucho talento y capacidad para las ciencias, pero distraído en sus ocupaciones literarias, metido en los negocios del mundo, con dificultad podría entrar en competencia con otro, que llevando una vida de profesor tiene que tratar y volver a tratar todos los días los diversos ramos y las diversas materias de su estudio, meditar en esto y seguir los procesos de la ciencia misma, para no quedarse atrás con sus alumnos, en medio de tantas nuevas ideas e invenciones, que aparecen todos los años en el mundo literario y científico”<sup>17</sup>. En síntesis, en la institucionalización de la creación de conocimiento, la figura especializada era el profesor.

Bello y Domeyko compartían el objetivo de una universidad científica; divergían, sin embargo, en el tipo social sobre el cual ella descansaba. Bello, a nuestro juicio, temía una universidad docente por las reminiscencias del pasado y porque probablemente veía en el “hombre público” una mejor vía para la valoración social de la vida intelectual y su fomento. Domeyko, por su parte, aspiraba a la formación del académico profesional, inexistente en Chile. Sin embargo, ambas visiones no fueron contradictorias. La Universidad de Chile comenzó una lenta labor para organizar institucionalmente la vida intelectual y ese sistema se fue sustentando progresivamente en la figura del profesor. De hecho, la labor científica realizada por la Universidad fue, en buena medida, obra del Consejo Universitario y de los profesores, más que de las facultades como tales.